

EL RADICALISMO SE IMPONE

ó

COMENTARIO SOBRE LA CIRCULAR N.º 12

DEL

MINISTERIO DE GUERRA Y MARINA

POR

APARICIO ORTEGA

Historia y Literatura

Edición Montalvo



IMPRESA DE "EL TIEMPO"—Quito-Guayaquil

1903



EL RADICALISMO SE IMPONE!

Rhay revolución efectiva, real en ninguna sociedad, si el cambio de instituciones políticas y leyes secundarias no está ahí demostrándola. La legislación positiva (cómo si hubiese negativa, pero sigamos la sabiduría de ciertos jurisconsultos) de un país es el sello de la gloria ó la marca de infamia que en la personalidad de todo un pueblo imprimen los nuevos principios de la revolución verdadera. Sobre todo la penalidad, la brutalidad ó las restricciones racionales de la jurisdicción y los procedimientos judiciales son el termómetro que revela si ha subido ó bajado la civilización, por virtud de la actividad del fuego celeste ó infernal de la revolución. Si al empuje de la promovida por el partido imperialista y católico, partido que no concibe la vida social sin un pár de amos por derecho divino, cayera fracasada la República en Francia, junto con el Imperio resucitaran las leyes del terror contra los republicanos vencidos. ¡Ay entonces de los radicales, de los sociólogos, de los ardientes socialistas que hacen esfuerzos supremos por realizar la doctrina de Jesús, en orden á la distribución de las riquezas! Los que gi-

men como víctimas de la energía inquebrantable de los abnegados renovadores de la Nación francesa, mañana serían los árbitros de ésta; los enemigos declarados del ocio corrompido y corruptor, del ocio enriquecido sin trabajo y á virtud de la explotación de la estupidez, leña de los quemaderos imperiales de París, ó en tierra extranjera restos míseros de un partido que fue!

ENTRE nosotros, desde el origen impuro de la República, siempre hemos estado jugando á las revoluciones. A cualquier traidor al Gobierno que le sacó de la nada, al Judas del partido que lo encumbró llamaron caudillo de la Libertad, Jefe de la revolución, nuestros antepasados. Candorosa ó malicia refinada es bautizar con el nombre sonoro y grandioso de Revolución cualquier motín de cuartel ó pronunciamiento de cuatro turiferarios, urdido en una Comandancia de Armas, con el apoyo de dos ó tres políticos de caucho.

REVOLUCIÓN legítima en el Ecuador, revolución ó comienzo de élla, mediante el señorío de nuevos principios políticos, sólo en el 95 del siglo próximo pasado. Aun la del 45 no fue sino recobro de la dignidad nacional: ¡afuera los extranjeros metidos hasta en el lecho nupcial de la Elvira Grande; sólo nos, los ecuatorianos, por derecho y de hecho, debemos gobernarnos con entera independencia de cualquier poder extraño. Esto sin duda dijeron los próceres del Seis de Marzo; pero se contentaron luego con ligeros escarceos por el ámbito chiquito del ejercicio del Poder Ejecutivo, dejando toda la República bajo la pesadumbre inmensa y funesta de la legislación española. Triunfante la revolución del Cinco de Junio de 1895, pudo y debió en el acto seguir las enseñanzas de los revolucionarios afamados de uno y otro Continente; pero apenas si se circunscribió á abolir tratamientos que envuelven en ocasiones ironía, y la más sangrienta. ¡“Excelentísimo” una posma que después de veinte años de ejercer el oficio, no sabe lo que es título ejecutivo en Derecho práctico! ¡Ilustre..... un? Si á impulsos de espíritu de renovación, ó por afecto al venerable clero; para aliviar á éste de la carga abrumadora de las labores legislativas, yo no lo sé; más lo cierto es que también alejó, y para siempre, del Palacio Legislativo al susodicho clero. ¡Gran toque de progreso

en la senda de la revolución radical! Al paso que llevábamos, el Congreso ecuatoriano hubiera llegado á ser monasterio ó sucursal de Roma. Por lo demás, la revolución siguió aferrada á los Códigos del pasado, como si fuera inmutable la legislación. Pífa incomprendible! No incomprendible, sino de fácil explicación: hombres que habían figurado desde la traición del 8 de Setiembre como conservadores *á navitate*, de la noche á la mañana se hicieron liberales y entraron en la Convención del 96 y 97. Esos liberales de oportunidad jamás podían romper con su intransigente madre. ¡Qué mucho, cuando hasta espías extranjeros, espías del falsificador de firma para robar \$ 4.000, se pusieron la librea liberal sobre el solideo y la sotana!, ¡y se colocaron en aquel santuario de la Patria! ¡Vergüenza eterna á los que permitieron esa profanación del templo de las leyes! Si en la Convención mencionada abundaban los oportunistas, faltaban en ella un Manuel Cornejo Cevallos, un Luis Vargas Torres, Rafael Portilla, un Semblantes, un Moncayo Tomás y otros. Radicales como Marcos Alfaro, Manuel Semblantes, Portilla, Teodoro Montalvo, á estar allí, jamás hubieran permitido declaraciones de fe religiosa en la Constitución, declaraciones incompatibles con la libertad de conciencia y la soberanía absoluta de la Nación. Tampoco hubiéramos tolerado que la República siguiera á cuestas con ciertos códigos, como el de Comercio y el Militar: el primero, propio de un pueblo de mercachifles sin honor; el segundo, de un ejército de galeotes, por la prodigalidad de la pena más infamante, la de azotes.

MÁS tarde dió un pasito adelante: la Ley de Patronato. ¡Siempre españoles cuando debiéramos ser yankees, á lo menos en legislación! Pero ni siquiera se arrojó á convertir en hechos las disposiciones de esta *alianza*, propia de un pueblo tímido que no se atreve á romper las ligaduras ya viejas, que lo arrastran á caminar detrás de una potencia espiritual que no debe intervenir en cosas de la tierra.

¡CÓMO asustada la revolución de tanto atrevimiento, retrocedió; y, bajo la inspiración de políticos hermafroditas y de medio pelo, dió á luz un niño muerto: El Concordato! Por ventura y para honra de la patria, el Congreso rechazó, riéndose, esa criatura repugnante.

LA revolución iniciada con energía por el Gran Maestro,—Montalvo,—continuada por sus discípulos más descollantes é incorruptibles; la revolución preparada por la prensa; la que empezó á dar en tierra con el partido tradicional ó colonial, después de algunos años de lucha sangrienta y sostenida con ese partido, empieza á manifestar que se han modificado profundamente ideas y sentimientos que predominaban en la sociedad, antigua por decirlo así.

LA Ley de Matrimonio Civil ha señalado la hora de la renovación social y política en el Ecuador. No era posible; no era decoroso ni racional que, en orden á la organización de la base sólida y pura de la sociedad—la constitución de la familia—continuéramos bajo la férrea fórmula de la invasión más eficaz de la astucia humana. La nueva forma de consolidación y perfeccionamiento del organismo más bello y santo, llamado familia, adoptada por las naciones más cultas y morales, se imponía ya como necesidad urgente de la parte más ilustrada y honrada de la sociedad ecuatoriana. Y no se crea que esta nueva fórmula del matrimonio sea la última palabra sobre la manera de celebrarse el contrato más solemne del hombre. Día llegará en que ni el Estado ni las iglesias intervendrán en la constitución del matrimonio, á lo menos directamente, á modo de dispensadores de las facultades expresadas en el Título IV del Código Civil. Ante escribano ó cualquier otro depositario de la fe pública; ante escribano y testigos; comprobadas la capacidad física, la moral y económica; HIPOTECANDO hasta las personas de los contrayentes, á fin de dar más firmeza á la educación de la familia, se efectuará por escritura pública la unión indisoluble y unitaria del hombre con la mujer. En un grado elevadísimo de cultura social no se conciben ciertos entrometimientos Qué es esto de qué

LA parte de la sociedad que no puede elevarse á concepciones racionales, puesto que es esclava de la fe, seguirá creyendo lo que le enseñan sus maestros: que hay identidad entre el cuadrado y el círculo, entre el matrimonio civil y el concubinato. Pero esa misma porción de la familia ecuatoriana, el día que vea que las personas más celosas de su honor y fe-

licidad se someten con gusto á esta nueva fórmula de progreso social y político, se desprenderá de su fanatismo: fanatismo inexplicable en este punto, puesto que no se trata de arrebatarle sus sacramentos; sino de que el matrimonio siendo como es un contrato, según lo define el Código Civil, se celebre ante el funcionario respectivo, designado por la ley, como el único que debe intervenir en los actos y contratos esencialmente civiles. Si el Jefe Político, ó el Teniente en su caso, tratara de conferir el sacramento del matrimonio, pronunciando la fórmula: "*Ego vos in matrimonium conyungo, in nomine Patris et*" etc., sería usurpador de facultades de la Iglesia Católica; pero si sólo se limita á autorizar el contrato, en nombre de la República y por autoridad de la ley, sus funciones públicas no pueden ser más racionales y morales. Aun la parte inculta se casará civilmente. Toda innovación produce protestas, alharacas, arrebatos; pero pasa la efervescencia causada por el choque entre ideas y costumbres viejas y las modernas; y sigue majestuosa la corriente del progreso dando vigor á estas ideas nuevas, y arrojando esos débiles restos de la oposición á las orillas desiertas del pasado.

EN medio del ruido de las armas y de la grito inconciente siguieron erguidos, cual centinelas avanzados del campamento de la libertad, estos dos heraldos de los dominios del terror y la esclavitud: patíbulo y zurriago. Pontífices máximos de la Iglesia ó República del Corazón de Jesús; sumos sacerdotes los susodichos, encaramados sobre los hombros de los varones más conspicuos de esa vasta cofradía, por mitad se repartieron honra, vida y felicidad de los ecuatorianos. Yo los ví, yo los oí: ¡legisladores de sotana, los más ardientes defensores del cadalso! Y no para el asesino, para el falsificador de firmas, para el traidor; sino por asuntos de Patria y Libertad, para la pluma y la espada esgrimidas en defensa de la racionalidad. Y ¡cuándo del pecho de esos retoños del Santo Oficio salió, no digo un grito de indignación, pero siquiera protesta débil contra la pena de azotes! Eso hubiera sido debilitar la autoridad; desquiciar la disciplina de la escuela, el colegio y el cuartel; quitar el medio más eficaz á la Policía de arrancar la verdad, la confesión de sus crímenes, no á ladrones —gerentes de banco, sino á rateeros. Eso hubiera sido quitar al Ejecutivo la facultad de eli-

minar á fuerza de látigos, en los buques de la armada nacional, á los alfaristas prisioneros. Nuestros sedicentes radicales, herederos de los caudales de perversidad que en forma de leyes dejó el partido difunto, mejor dicho usurpatores de esos caudales, siguieron fusilando y azotando ni más ni menos que esos que se titularon *restauradores* de la política de un hombre que hasta hoy no ha tenido ni ¡un copartidario, vaciado en el molde raro de su personalidad pasmosa!

CONCIBO que una nación civilizada, sobre todo en días lóbregos de sangrienta revolución, siga de brazo con el verdugo, y crea imposible la vida social si no tiene por base la pena de muerte, aun para los enemigos en política: El asesinato de nuestros compatriotas pensadores; el asesinato político, consumado tras una comedia judicial, ó sin ella, nos conmueve, nos arranca lágrimas y maldiciones, sea cual fuere ó hubiere sido el color político de la víctima; empero no nos llena de espanto, no hace brotar por todo nuestro cuerpo corrientes de miedo, de terror! Perder la vida cosa natural. Lo que nos desconcierta, lo que nos horroriza y enloquece es la imagen desnuda de un azotado, de un hombre que, después de haber padecido el martirio más salvaje é infamante ¡sigue viviendo! Bien dijo *Montalvo*: "Después de azotado ni Jesús pudo sobrevivir á tamaña afrenta" Y es que el caliz que rebosa en sangre que brota del pecho, de la frente, cabidades nobles ó levantadas en que hierben el corazón y el cerebro; pero no de sangre que mana del ridículo y de la vergüenza eterna, es baso de dulzura comprado con el caliz de cuero. Este suplicio contiene más sangre, más lágrimas, más amarguras, más ironías y escarnios, más burlas embrutecedoras que todos los demás inventados por el genio de la maldad hipócrita, quiero decir por el Santo Oficio de la Inquisición española! Yo moriría bendiciendo al enemigo que me fusilase, si me salvara de la azotaína con que otro intentara regalarme. Después de patearlo, en presencia mía le hizo dar doscientos látigos á un campesino, porque dijo: "Sí, mi Coronel, soy liberal". Vete en este espejo; como intentes fugar, te hago dar quinientos palos, me dijo Víctor L. Vivar. Fugué, porque comprendí que se trataba de convertir en realidad el deseo de hacer "un segundo tomo de".....Sin algo en mi escondite, con que hubiera podido suicidarme al ser hallado, en cuatro días de terrores encanecí. Hombre azotado es hombre macu-

lado. Para qué sirve? Si pesar, recuerdo, vergüenza no le matan, suicídese. Si no se suicida ó no se venga, es un ente superior á Jesucristo. Si tras la vergajeadada se engorda como un chanchito, ese infeliz es merecedor de una corona. De qué? De haqueta.

NO de los modos de amilanar á todo un pueblo; de quitarle bríos, ímpetus de coraje; de volverle tímido, cobarde, vil, abyecto, sin ánimo ni para jurar lavar con sangre una afrenta, es tratarle como á bestia de carga: azotes con él: azotes en lo limpio, de la cintura para abajo, donde el látigo no mata, antes engorda. No mata? Mata el pundonor, asesina la vergüenza, aniquila el desco de llevar siempre alta y limpia la frente. El hombre más talentoso y soberbio, una vez *cuereado*, pierde la susodicha vergüenza, y si no da en idiota es temible.....¡Quien sabe si estará cavilando en vergüear á todos sus compatriotas!

Turquía será siempre patrimonio de la familia del Señor de la Sublime Puerta ó Puerca: fianza de esta promesa el pa. lo, el azote.

TURQUIA EN AMERICA

NO de nuestros sultancillos se propuso regenerar á sus en mala hora compatriotas, por virtud de la disciplina correosa, aplicada donde, sin grave daño de la salud del paciente, se aposenta con holgura. Su primer acto de regeneración, tan luego como hubo llegado en esta Capital, fué mandar poner en medio patio del cuartel, boca abajo, al aire libre el.....busto, á un pobre joven que no había cometido otra fechoría que escribir lo que llaman vulgarmente un pasquín, en el cual salía á relucir la honra de señoritos, parientes del Jefe Supremo. Semblantes y yo volamos á la casa del Dictador, y aquél le arrancó la orden de suspender la ejecución del castigo: cuando llegamos al cuartel ya le habían aplicado cincuenta palos al joven periodista. "Está perdonado", dijo el Jefe del Batallón Convención", "está perdonado el Sr. Angel Polivio Chavez, por la generosidad de mi General y las diligencias de estos radicalitos que no comprenden que sin látigo no hay disciplina en el cuartel ni en la imprenta. El único co-

rectivo al pasquín son las fricciones de fray Zurriago", Uno basta para.....embromar; pero aquel conservador debió á las súplicas de un radical la condonación de cuatrocientos cincuenta palos.

TRAS esa azotaína abortada, otra completa, de quinientos látigos, por un acto heroico. Un sastre, hijo del pueblo, entonces artesano muy católico; al oír que Veintemilla iba á quitarles la religión católica á los ecuatorianos; como se hallase un batallón de línea formado en la plaza de armas, se lanzó furioso sobre un soldado, se empuñó en el rifle de éste y se lo arrebató por la fuerza. Nadie le imitó; y el resultado fué premiar tanto valor con quinientas caricias de bejuco ó haqueta. Aquel sastre es hoy sargento mayor de Ejército. Si llegare á ser general tendremos un general azotado, un general de la República, á quien pícaros soldados llamarán, por supuesto á boca chiquita, codeándose, el general *Cuero*, el general *Zurriago*, el general *Varas*. Si se elevare á Ministro de guerra y marina, le bautizarán con el sobre nombre de algo alusivo á la azotaína ó soba consabida. He ahí uno de los efectos desastrosos del azote: *¡imprime carácter*; produce risa, chacota donde comparece el azotado, aunque sea Presidente de la República!

EN esa época tenebrosa del cuero hubo un paréntesis honroso para el Ecuador. En una larga campaña y en un ejército de dos mil soldados, bajo el mando dictatorial del Jefe Supremo de la Costa, General Eloy Alfaro, ¡ni un solo latigazo! Cansada la clase de tropa de lo largo y penoso de la campaña, en Mapasingue empezaron á desertarse algunos soldados. Cogido un desertor, se le ocurrió á un jefe, en vez de azotes ó de pena de muerte, amarrarlo en una cruz improvisada con este *inri*: "Por infame desertor". El infeliz lloraba, pedía que le fusilasen, pero que le desataran de esa cruz. Bastó esa única lección: no hubo más desertores; y jamás se vió ejército más disciplinado y moral que el de Alfaro en la última de sus campañas contra Veintemilla.

LA administración de cierto dictador perpetuo que hizo de la República su hacienda, si es que puede llamarse admi-

nistración el palacio del desorden, fué el reinado del azote! Escribían contra él? Azotes! Conspiraban contra su desgobierno? Látigo á los conspiradores! ¡Ni el médico de su casa se escapó del vergajo! En altas horas de la noche, revuelto en su capa el rostro, entraba al cuartel de Artillería un hombre alto y grueso. Subía al piso alto; hacía abrir una puerta; penetraba seguido de cuatro cabos en un cuarto débilmente alumbrado. Lo demás es indescriptible..... ¡El silencio del sepulcro de la dignidad humana, quiero decir del cuartel de entonces, era rompido por ayes lastimeros y prolongados! Esta escena lúgubre, misteriosa se repitió varias noches. Un soldado de labios sellados por el úkase verbal del personaje que ordenaba esas cosas, introducía en el cuarto unguentos, agua sedativa, &c., y cerraba ese cortejo aterrante un médico! ¡Un médico á quien un su compañero, ignorante de cosas que debe saber toda persona medianamente instruída, llamó "ilustre, lumbrera de la Universidad y la política"! ¡El cómplice ú ocultador de crímenes horrendos jamás puede ser ilustre ni lumbrera; á lo sumo candil de sepultureros de la honra y felicidad humanas!

Y O no sé cómo no le dió azotes el general Ignacio Veintemilla al coronel Eloy Alfaro. Hallábase éste preso en la Artillería de Guayaquil: preso, con grillos quintaleros, incomunicado y con dos centinelas de vista, como conspirador. Nombrado yo por Alfaro por su defensor, volé á cumplir con mi deber. Defensa fué revelación de plan de revolución, la más temeraria que imaginarse pudo, urdida ahí, en el centro del cuartel. "Media brigada es mía; Ud. es el único que me inspira plena confianza para el desenvolvimiento de mi plan en la ciudad".—Está Ud. perdido; le tiende un lazo Veintemilla; vá Ud. á ser sacrificado estérilmente—"Si Ud. no me ayuda, su responsabilidad ante la Patria es inmensa".—Empujarle yo al abisno? jamás. Por otra parte, he venido aquí como abogado, no como conspirador: voy á renunciar; adiós! Cuando iba á cuajarse la revolución, Veintemilla la ahogó en sangre: en sangre que corría como agua por las cuadras del cuartel, en sangre que saltaba de los traseros de cabos y sargentos; de los de subtenientes, tenientes y capitanes! ¡Y no hubo un oficial que volviese por la honra de sus compañeros! El único que se escapó de esa infamia fué el capitán. Morieta: Veintemilla sabía que ese griego tenía sangre en el ojo, y que

hubiera lavado con ella la afrenta. También se escapó el jefe de la conspiración. Veintemilla, le apostrofó injuriándole; Alfaro le contestó enrostrándole su cobardía, desafiándole". "Mande que me quiten los grillos; deme una espada, y entonces insúlteme!" El Presidente, sorprendido por tanta temeridad, se limitó á ordenar que lo trasladasen al "Infiernillo", calabozo inmundo de la cárcel de Guayaquil, para que no volviere á *corromper* á sus *cales* flagelados.

Desterrados Morieta y yo, en Lima, aquél me hizo descripciones horrendas de las flagelaciones de aquella alborada: desde las doce hasta las seis de la mañana aquello fué una carnicería horrorosa: ¡pedazos de carne humana revueltos en sangre coagulada! ¡Oficiales y soldados yacían boca bajo nadando en su propia sustancia, exhalando alaridos lastimeros!

Continúa la narrativa del rebenque convertido en instrumento de regeneración política y social en el Ecuador.

"Fugue, porque Veintemilla le dá látigo", me decía el Sr. Dr. Juan B. Vela, en Ambato. "Acaba de flagelar..al Dr. Fidel del Castillo, su amigo íntimo y médico, y no le ha de azotar á U. que está firmando en sus barbas escritos furibundos contra su política? Fugue; oiga mi consejo." Fugué; estuve oculto en Quito; salí á luz; y, sea dicha en obsequio de verdad, D. Ignacio no me "*imprimió carácter*", no me dejó *sagrado* ungiéndome con el oleo indeleble del de vaca ó toro.

SIGUE el imperio de los látigos. Nueve ó diez estudiantes de esta Universidad, templo de las ciencias de donde ha salido y está saliendo la flor de la sociedad; nueve estudiantes, por haber firmado un escrito honroso, fueron llevados al Panóptico: allí se les dió de alta. El hombre convertido en soldado era entonces cosa. La cosa puede ser azotada impunemente. Qué les sucedió á dichos jóvenes?.....

¡CUANDO resonó por toda América el asesinato de Vicente Piedrahita, todos, nacionales y extranjeros, quedamos en silencio, aterrados!.....Sólo Montalvo, con una de aquellas hojas inmortales con que solía conmovér á sus compa-

triotas, rompió aquel silencio. "Vicente Piedrahita" fué el "trueno horrendo".....

Enfermo, incomunicado y con arrojados, iba extinguiéndose en el "Infiernillo" el coronel Eloy Alfaro. "Los grillos perpetuos ó el máscara de hierro", otra hoja de Montalvo, le arrancó al sepulcro. Eso fué frustrar un intento.. "El Regenerador" al fin tuvo que ocultarse y huír lejos. Ni Montalvo se hubiera escapado de esa picota—el azote—si cayera en las.....*omnímodas* de Veintemilla. Yo no gasto pólvora en gallinazo, decía; una y buena; y le quito la manía de escribir *papeluchos* y de injuriarme llamando.....(..... como puede uno repetir las frases de ese demonio) á mis mejores generales. Y en verdad si D. Juan no huyera, clavado habría sido en la cruz de nervios de toro. Ni los "Siete Tratados" le libraba del escarnio universal. César Cantú, lejos de llamarle "honra del género humano", habría dicho entre sus amigos: ¡Qué lástima de pueblos tan bárbaros aún: Montalvo sin azotes, sería persona descollante en la flor de la literatura universal; con ellos no pasa de ser un desgraciado! En tal hipótesis, Montalvo al primer latigazo habría espirado. He ahí nuestra gloria entenebrecida, reída á carcajadas inextinguibles; enterrada, y para siempre, en el ridículo más afrentoso hasta la memoria del que hoy, junto con Olmedo, Bolívar y Bello, es corona y orgullo de la literatura américo-española.

Bendita la hora en que el Maestro se escapó del hijo del "gago" Martínez!! ¡Bendita la hora en que se libró de jazotes!, por enseñar á sus compatriotas honrados á tratar como se debe á.....tiranos? Esos no son tiranos!

NO harto con infamar á connacionales, también manchó á extranjeros. En Guayaquil fueron fustigados dos italianos, por haber manifestado simpatías al Ejército de Alfaro. Aquí, después de haberse batido como un león contra las fuerzas veintemillanas, cayó prisionero el valiente capitán colombiano, N. Pavón. En la Penitenciaría le dieron quinientos látigos, por extranjero pernicioso. Lo supo el Ministro de Colombia, Dr. N. Castro, y, lleno de indignación, rugió, amenazó, si tamaño ultraje á un colombiano no era reparado. La erudición y elocuencia del Sr. Ministro fueron vencidas por el eminente *publicista*, cuyo nombre yo me lo sé.....El capitán Pavón quedó indemnizado y honrado plenamente con quinientos pesos sencillos: ¡un peso por cada latigazo!

COMO empezó así concluyó el Excmo. Sr. Veintemilla. El valiente radical, Mario Oña, Diputado á la Convención del 96, y otros buenos ciudadanos, entre ellos cinco ó seis del benemérito Cuerpo de Bomberos, también fueron azotados, por alfaristas.

ANTO afecto llegó á tener D. Ignacio á esa manera especialísima de gobernar á todo un pueblo, por medio de correas ó nervios, que, si triunfara el 9 de Julio de 1883, habría convocado su *Convención* y ordenado á sus lacayos que entre las garantías constitucionales pusiesen ésta:

"Nadie puede ser azotado sino por orden superior, ni á nadie se le pueden aplicar más de quinientos ocho palos". Con lo cual quedaba gravado en la "Magna Carta" lo que era muy constitucional, quiero decir muy propio de la constitución orgánica del ecuatoriano.

MONTALVO escribió doce Catilinarias, la obra más moral y fecunda en resultados grandiosos, que salió de aquella cabeza privilegiada. Se le olvidó la XIII, consagrada á la condenación eterna del azóte. ¡El, que tanto había leído y digerido, qué cosas las que nos hubiera revelado en orden á esta infamia *cueruda*, que es capaz de reírse hasta de Dios! Qué secretos los que hubiera arrancado á la India, á la Caldea, al Imperio Celeste y al Egipto cuánto á este instrumento de civilización antigua. Cómo hubieran comparecido en ella los altivos romanos, muy frescos y sonreídos después de una tanda. Allí las sobas del Santo Oficio, como aperitivo del banquete con que luego regalaban á herejes, brujas y gitanas. Allí, en vísperas de esta inmensa claridad que se derramó por todo el mundo y que se llamó Revolución Francesa, á vista de todo París, la última impresión de la marca de infamia, chirriando sobre una espalda de alabastro; los úl-

Unos azotes en las carnes desnudas y hermosas de ¿la condesa La Motte? Y con qué pinceladas habría retratado, sacándolos de la tumba, á nuestros insignes fustigantes, armados de bendidos rebenques. Pálidos, desencajados, arrepentidos de haber así bailado sobre la dignidad humana, de haber así ofendido la imagen del Creador, desfilaran: 1º, ese extranjero cuya memoria me causa náuceas y espanto, en hora maldita ¡primer *presidente* de la Colonia disfrazada de República! Luego el ilustre Rocafuerte, el liberal Urbina, el bueno de Robles, García Moreno, Veintemilla y Caamaño. Al difunto Veintemilla le habría pintado con cuatro *espadas*: una en cada mano, una en cada pie. Item más: una en la boca, á modo de habano descomunale. Otrosí una en cada ó detrás de cada oreja, á guisa de cañutero de cómitre; sin perjuicio de acomodarle á este nuevo Adonis ó Cupido, que les cortó el ombligo á Luis Felipe Ñato y otros mudistas incorruptibles, una aljaba henchida de flechas amorosas, de esas con que traspasó de parte á parte y por toda una eternidad, á Castillo y C.³ ¡Y que este emperador del zurriago haya tenido partido político, y haya sido Presidente del Ecuador! ¡Y que á pesar de todas sus *gracias*, hubiese sido.....! ¡Ah homúnculos infames, que después de haber lucrado al arrimo de ese *cuerista*, se apoderaron de aquel llamado por el Pueblo, y estancaron la Revolución del 95!

LA pluma temerosa del *azotador* en la frente, del fustigante de malhechores afortunados, habría infundido pavor invencible aun á los desalmados cobardes que mandan dar azotes, validos de la fuerza armada, de todo un batallón, de todo el Ejército. ¡De las manos trémulas de esos verdugos infames se habría escapado el azote, sólo al relámpago de la pluma de Montalvo. Si Dios nos ayuda, escribiremos la décima tercera Catilinaria. Por el estilo y el lenguaje cuándo; más sí por las buenas intenciones podremos continuar la obra de Montalvo, si "el espíritu de éste otra vez entra en nuestro cuerpecillo", como dijo un crítico eminente: Vivar.

DESPUES de estas reflexiones rápidas sobre ese mar muerto que suda betún indeleble, bueno sería sentar esta excepción:

"Azotes por virtudes" no infaman. ¿Ni entontecen? Azotes por virtudes son escala divina por donde se sube á la cumbre

de la honra y la gloria, tal vez del Poder Político. Yo que no me creo, lo confieso con lisura, émulo de Jesús, no soy digno de tanta gloria. Además, por esa escala de ángeles, serafines y mártires no quiero subir ni al cielo. ¡Venga el infierno pero ¡sin azotes!



TRIUNFANTE la revolución radical, ciertos jefes del Ejército, antiguos esbirros de García, unós, y otros, ex-mayordomos de haciendas, avezados á tratar como animales de carga á los peones, creyeron indispensable la vigencia de la pena de azotes para conservar la disciplina militar. Sin látigo el cuartel está perdido, me decía uno de ellos. Un inteligente diarista me contaba que la pena venenosa era en pleno vigor en la nación más civilizada de Europa, eso sí restringida al Ejército y la Marina de la Gran Bretaña. Son utopías peligrosas, me decía, la abolición de la pena de muerte y la consabida. La letra con sangre entra; la disciplina militar sólo se mantiene incólume al chasquido del látigo.— Quítese al maestro de escuela la facultad de hacer bajar los pantalones al discípulo, y no hay orden ni progreso en los estudios escolares. El agua la hizo Dios para saciar la sed. La Compañía de Jesús nació para educar é instruir á la juventud. Pregúntenles á los reverendos jesuítas si han abolido el zurriago. El exceso es el malo; pero de cuando en cuando tres, seis, doce.....avivan el seso y robustecen al colegial más flaco. La agricultura, los servicios domésticos están perdidos desde el momento que el patrón ó su delegado no tienen potestad para *cuerear* al peón concierto ó al sirviente. A qué debe Chile su progreso asombroso? Al azote! "El mejor ejército del mundo es el alemán, por obra de la disciplina más severa, esto es de la vigencia de la pena de azotes. Siendo yo soldado, por no haberme quitado la gorra á media noche, al pasar un subteniente, me dieron cincuenta látigos", me contaba un alemán, ardiente defensor del eminente Cuero.

Estos y otros relatos y razonamientos análogos oigo en boca de los partidarios del nervio toruno, erigido en soberano de la sociedad. Si para alguien restableciera yo la pena del talión, sería para el fustigante.



MAS Constituciones del 78 y del 84, esto es la de Veintemilla y la de Caamaño, prohibieron expresamente la pena de

azotes; pero nunca se dió más látigo en la Policía, en los cuarteles, en los establecimientos de enseñanza, en las haciendas, y en los buques de la armada nacional, que durante la dominación sucesiva de esos próceres. La vigente tiene abolida de manera implícita la pena en que me ocupo. Los filólogos de buena cuenta dicen: La pena de látigos no es tortura. Tortura es tormento; tormento es aplicación de prensas ó fierros candentes al cuerpo humano; luego en una zorra de azotes no hay sino afecto paternal, caricia de marido ruso, frotación de unguento de los generales X y Z". Por otra parte, esos intérpretes del Derecho, intérpretes bárbaros, sin sospecha de lo que es la ciencia jurídica ni el imperio de la Ley Suprema de la República, tenían creído que el Código Militar y sus "Reformas" hechas por los más furibundos terroristas, son las únicas leyes á que debe atenerse el militar. Por eso era por lo que seguían esgrimiendo con mucha arrogancia y destreza la *espada-cuero* de los cobardes infames que convierten al hombre en bruto.

Radicalescos hasta el extremo de no oír misa ni asistir á los ejercicios espirituales de San Ignacio, como lo hacían cuando eran lacayos de Caamaño, Flores y Cordero; pero eso sí agarrados del Código Militar, y haciendo dar látigos por cualquier cosa á sus esclavos ó soldados. Oís? ¡Son los alaridos que salen del cuartel! ¡están dando cuero! Qué radicalismo es éste con escupularios debajo de la camisa; con patíbulo y zurriago en donde quiera? Hay una religión superior á todas: la del honor! Cultivemos esta religión y nos liberaremos de mil infamias, de mil porquerías.....En hora buena séamos católicos, católicos-radicales; seamos deístas; seamos materialistas, ateos, pero no nos infamemos con el azote y otras cosas!

NO MAS LATIGOS!

Y A no hay azotes en los cuarteles! ¡Bendito Dios! ¡Por fin brilló el día en que el Radicalismo borrara esa infamia del tablero de la penalidad, marcara otra victoria de la civilización en el campo de los progresos de la República!

Soldados de la Libertad, que ganaron sus grados militares en combates gloriosos por ella; generales de la República,—uno de ellos no sólo aquí, sino en tierra extranjera que hizo justicia al militar de prendas distinguidas; generales que piensan en el mejoramiento del Ejército y por tanto en el de la Patria, resuelven volver efectiva la abolición del infamante azote. El Sr. Ministro de Guerra y Marina, general Flavio E. Alfaro, acaba de pasar una circular bien meditada á las Comandancias Generales de la República, declarando que está abolida la pena más infame, con arreglo á la Constitución, y previniendo que será juzgado y condenado cualquier militar que rehusare obedecer la orden del Ministerio, la prohibición absoluta del castigo de azotes ó palos. Aquella Circular así honra al Gobierno como á la República.

¿De cuál de los dos generales fue la idea, esta idea eminentemente civilizadora y por tanto radical en la órbita de la penalidad? Séa quien fuere el autor de ella, la honra es solidaria en el presente caso; corresponde toda entera así al Sr. general Leonidas Plaza G., como al Sr. general Flavio E. Alfaro. Esta es la solidaridad que debe buscar en cada acto el Ministerio Público, solidaridad de miras elevadas, solidaridad de honra y gloria para todo el país. Solidaridad para ocultar crímenes ó porquerías de tal ó cual personaje de Gobierno, es cosa de Rodines.....

¡DE hoy en adelante sabe el soldado ecuatoriano que nadie tiene el derecho de infamarle con azotes! ¡De hoy en lo sucesivo sabe el soldado que, caso de cometer un crimen ó delito militar, será castigado terriblemente; pero no con infamia, no con bestialidad afrentosa! ¡Látigos, no más látigos por su cuerpo! ¡El cuerpo del militar ecuatoriano es ya sagrado! ¡En su libertad personal, en su renta, en los goces del hogar, en la conciencia y en el corazón le herirá el castigo, pero no en el orgullo legítimo de soldado! No más *ungidos*!

§IN ruido, sin aparato legislativo; pero con energía, talento y eficacia el Gobierno, esto es el Sr. Presidente de la República y el Sr. Ministro de Guerra y Marina han dado un golpe maestro de revolución efectiva. La prohibición del azote en los cuarteles, prohibición castigada severa, terriblemente en caso de desobediencia á la autoridad militar, inicia al fin

una época luminosa en la penalidad adoptada ciega, inconsultamente por nuestros legisladores. Nueva conquista del Derecho y la Libertad, alcanzada por el Poder Político y Militar, esta prohibición penada es testimonio elocuente de que la inteligencia ilustrada, con la fuerza en las manos, mueve hacia adelante á la sociedad en cuyo seno han prendido ya los principios racionales, científicos y honrados que forman la esencia del Radicalismo. Hubiera sido posible esta abolición real bajo el imperio del despotismo ora ilustrado, ora brutal? Jefes del Ejército, curas párrocos, hacendados y maestros de escuelas y colegios hubieran pedido el exterminio del perturbador del orden social, orden sentado sobre estas bases solidísimas: ¡Fe, Policía secreta, patíbulo y zurriago!

¡Loor al Sr. Ministro de Guerra y Marina por esta página de oro en la historia del Derecho penal ecuatoriano!

¡Loor al Sr. Presidente de la República, que siendo como es militar de luces, radical legítimo, no quiere que esta clase arrogante, altiva, pudentosa, que es el brazo de la República,—la clase militar—tenga piés de lodo, de lodo amasado con sangre y lágrimas del ciudadano armado!


IF ENÓMENOS sociológicos, dignos de la consideración del historiador! Un general fue el que hizo de la República un cuartel chapado á la española, con azotes y otras cosas. Y dos generales son los que limpian, purifican y dan lustre al Ejército. El viejo acaricia, venera, adora el rebenque; los jóvenes de un puntapié lo arrojan fuera del cuartel! Es que aquel, educado en la escuela del pasado tenebroso, no concibe no digo la disciplina militar, pero ni la social y política sin el infame azote. Los otros generales modernos, educados por las enseñanzas de la Libertad, llevan en el cerebro ideal bellísimo de lo que es ó debe ser el soldado de la civilización. En una frase, aquel, como fué esclavo del despotismo más avasallador, tomó de éste todo lo malo; pero le dió las espaldas á las lecciones grandiosas de la honradez más perfecta. El otro no necesita de que jesuitas ni *hermanos radicales* le den consejos tenebrosos; tampoco del inundo azote para hacerse respetar y querer por todos sus subalternos, por toda la sociedad, racional, vivamente interesada en que la revolución única del Ecuador siga dando frutos saludables.

ALABANZAS merecidas son actos de justicia. Silencio en coyuntura tan hermosa para el Gobierno, para el Ejército, podría interpretarse como reprobación tácita de un acto gubernativo de consecuencias civilizadoras, no sólo en la esfera política sino en la social. Los que hemos luchado desde muchachos, como por intuición, por destruir en el Ecuador todo lo que envuelve barbarie, salvajismo, fetiquismo, —tenemos derecho á levantar la voz y aplaudir á los hombres que ocupan la cumbre del Poder Público, cuando realizan una de las aspiraciones más vehementes de nuestro Partido político, el de la Razón y la Libertad. Acaban los generales Plaza y Alfaro Flavio de reducir á cenizas toda una bastilla moral: el Azote, ¿silencio en tan grandiosa ocasión? ¡Aplausos para ellos; para toda la República honra y progreso!

Quito, Mayo de 1903.

Aparicio Ortega.

POST SCRIPTUM


 QUÉ es lo que me ha movido á escribir este artículo? La gran moralidad y armonía con los principios radicales que se contienen en la Circular N.º 12 del Sr. Ministro de Guerra. Esta Circular ha sido publicada en los diarios de la República; pero ninguno se ha dignado fijar la atención en ella, y dar á luz siquiera una línea aprobando ó reprobando la prohibición absoluta de azotes y palos en los cuarteles. Tanto más me sorprende este silencio, cuanto que no hay cosa, por baladí que sea, que no merezca un rasguito de la prensa.

Cuando el espíritu de crítica, para honra y ventura de los pueblos, se desenvuelve en todas las clases sociales, no hay acto administrativo, legislativo ó judicial, por insignificante que parezca, que no caiga bajo la jurisdicción suprema del Pueblo Soberano. ¿Tan embrutecidos estamos los ecuatorianos que nada nos importa que sigan dándonos azotes, ó que nos rediman de esta infamia? Largos años, largos siglos de patíbulo, de azotes, etc., ¿nos han vuelto insensibles así al oprobio como al respeto á la dignidad humana, manifestado por la misma autoridad? Los cuarteles han debido hervir en júbilo, en entusiasmo y gratitud al saber que ya no hay látigo, palizas ignominiosas en el templo de Marte. Los batallones han debido ir en formación, de gran parada, á manifestar al frente del Palacio presidencial su perpetuo agradecimiento al Gobierno radical, por haber al fin regenerado en un pronto al soldado ecuatoriano, con un sólo acto que sin duda vale más que todo el Código Militar y sus "Reformas" que toda era herencia de la época del señorío de la Inquisición.

Cuando el pueblo de París se arrojó á tomar por asalto la Bastilla, no fué á matar al Gobernador de esa prisión horrorosa, de esa tumba de vivos; no fué á destruir los muros de aquella insolencia estúpida de la edad media, que allí estaba desafiando á la civilización y amenazándola día y no-

che con tragársela, si, no digo criticaba la voluntad del rey, ¡si se atrevía siquiera á exhalar una queja! Lo que el pueblo fué á destruir, y destruyó de hecho, fué el sistema penal inquisitorio: la penalidad más criminal; los procedimientos judiciales más infames, esos que hacían del juez un verdugo de la humanidad; la jurisdicción más irracional, más cínica, si es que puede llamarse jurisdicción la facultad de administrar prevaricato, maldad, el más brutal despotismo. El día de la toma de la Bastilla, el pueblo; en lenguaje muy suyo, trazó la nueva fórmula de progreso social y político, al tiempo que aventó á la nada las infamias del feudalismo y la reyesidad, inclusive el aterrante azote. La Constituyente y la Convención no hicieron, en orden á lo que más interesa á la sociedad, á las limitaciones de la jurisdicción dictadas por la ciencia, á la penalidad y la organización del Poder judicial, sino sancionar la voluntad del Pueblo, expresada el 14 de Julio de 1789. Tan grandiosa es la significación social y política de la destrucción de aquel sistema penal, que el día más grande para los franceses, el aniversario más radiante de su historia, es el día de la toma de la Bastilla, el día del aniquilamiento de la marca de infamia, del "*in pace*", de esta vívora que se llama ¡¡¡Azote!!!

Nosotros, más filósofos que los franceses, nos hemos quedado en silencio, cruzados los brazos, al saber que ya no hay pena de azotes en el Ejército.

Estas son las victorias del Radicalismo, las victoria que le inebrian de orgullo y felicidad. En tinieblas; entre el "Misereere" de los conventos y el "Te Deum" de las catedrales, se oían el chasquido de las disciplinas y los quejidos ahogados en sangre de las víctimas. Quién no fué *macerado*? Se azotaba al ladrón, pero también al hombre honrado. Se azotó al soldado; se azotó al cabo y al sargento; se azotó al alférez, al teniente, al capitán; se azotó al general! Se azotó el patriotismo, se azotó la honradez, se azotó la ilustración! Época tenebrosa, rompida al fin por un rayo de luz! Un muro se levanta entre el pasado y el presente! Allá tinieblas y azotes; acá hermosas claridades, armonías, suavidad hasta en las penas. Por el nuevo rumbo irá el Ecuador al más alto grado de civilización y riqueza! ¡Dios quiera oír nuestros votos!

APARICIO ORTEGA.

